

—¿A dónde váis—preguntó Hervey.

—A votar contra ese pícaro O'Connell—respondió.—Pero, vaya si domina la palabra, ¿verdad?

En este punto, acercóse á Campbell un portero.

—Lord Melbourne está á sus órdenes, señores.

Y nuestros amigos despidiéronse de lord Jorge, y se encaminaron hacia el despacho del jefe del gobierno inglés.



## CAPÍTULO VII

### CUESTIÓN DE HONOR

**U**N hombre de cincuenta á sesenta años, de estatura regular, elegantemente vestido, de fisonomía bondadosa y sincera, estaba un poco sentado, un mucho tendido sobre su diván, con expresión de hastio aristocrático; con la diestra volvía las hojas de un libro y con la siniestra acariciaba á un perro de aguas que se amparaba en sus rodillas.

Veíanse junto á él, en una mesa, un búcaro lleno de flores, dos botellas de vino y vasos, y una tabaquera ricamente adornada; todo ello más destinado quizá al deleite de los



ojos que á un úso efectivo. Dos ó tres novelas y un Horacio de bolsillo andaban desparramados por las sillas. La chimenea aparecía recargada de dijes y adornos de todas clases, desde el dragón horrible de la China, hasta la fina estampa en relieves. Sobre un mueble cercano á la puerta, veíase—arrojada allí con tal prisa que amenazaba caer al suelo—una maleta de cuero encarnado, parecida á las que sirven para transportar los documentos sensacionales del Estado.

Tal fué el cuadro que se presentó á los ojos de Teddy, al ser introducido con su amigo Campbell á la presencia de William Lamb, vizconde Melbourne, el mundano primer ministro, quien imaginaba entender de política como antes imaginó entender de literatura—había escrito una comedia—y cuidaba de revestir todas las apariencias de un ridículo petrimetre, con más celo del que empleaba en su obligación de gobernar al Reino Unido.

Al verle, Hervey sufrió un desencanto. Verdaderamente un hombre de aquella naturaleza no era el ge-

nio soñado para la extinción de la trama peligrosa que se urdía en la sombra.

Levantóse lord Melbourne para recibir á los dos oficiales, pero no tardó en dejarse caer indolentemente sobre el diván, invitándoles con un gesto á que siguiesen su ejemplo.

—Señores, dicenme que quieren ustedes hablarme. Tengan la bondad de expresar qué desean de mí.

El primer ministro, cerrando los ojos con aire de resignación, se dispuso á escuchar.

Campbell se encargó de enterar á Melbourne.

—Nos atrevimos á presentarnos ante Vuestra Señoría para comunicarle un descubrimiento de la mayor importancia, ó mejor dicho, una sospecha muy grave que nos obsesiona desde cierta aventura que le sobrevino á mi amigo, el teniente Hervey.

Lord Melbourne pareció víctima de un inmenso fastidio.

—¿Estáis seguros de haber llamado á la puerta adecuada?—preguntó, manifestando una ligera duda en la voz.—Acaso fuera más práctico que



os dirigiéseis al ministro del Interior ó al jefe de policía.

—Milord—respondió Campbell con firmeza—el asunto á que me refiero interesa directamente á la sucesión al trono.

El despreocupado ministro reveló algún interés al oír estas palabras. Se incorporó, diciendo:

—¡Misericordia divina! Señores, espero que no se tratará de la conspiración orangista.

—Sospecho que se trata de algo por el estilo—respondió Campbell.—Pero acaso me permitáis, milord, que os refiera la causa de nuestra inquietud.

Y sin dejar á Melbourne la posibilidad de una negativa, emprendió el mayor su relato, empezando por la aventura de Hervey en la recepción del duque de Cumberland, y continuando por la tentativa que llevó á cabo Sturmer para corromper al oficial, con la provocación sobrevenida lógicamente.

El primer ministro le escuchó con paciencia ejemplar. Concluido el relato, ocultó delicadamente un bostezo.

—Señores míos, habéis demostrado ambos un celo maravilloso; de veras advierto en vuestra conducta suma penetración é inteligencia, pero yo creo que este asunto incumbe al ministro del Interior. Sí, debo dejar el asunto en manos de lord John Russell. Lord Russell es un temperamento enérgico, como á todos consta, y mucho más competente que yo en cuestiones de esta índole.

—Según veo, Su Señoría no concede gran importancia á esta conspiración—observó Campbell, reprimiendo su enojo.

—A decir verdad, se la concedo escasisima. Jamás he creído desenfadadamente en esas conspiraciones misteriosas. Me parece que un complot es algo desusado, que no se lleva. Convengo en que muchos amigos del duque de Cumberland verían con placer que Su Alteza Real subiese al trono, y que los más insensatos no retrocederían ante la violencia para obtener el logro de sus planes. Pero señores, esta idea me parece hartó descomunal para que pueda tomarse en serio. Sobre este particular, os lo aseguro, experi-



mento una paz admirable. Os ruego que antes de partir aceptéis algún refresco.

Campbell rehusó la oferta, inclinando silenciosamente la cabeza. Teddy le imitó.

—Os aconsejo sinceramente que os dirijáis á lord John—concluyó afablemente el primer ministro.— Me domina la idea de que todo esto no me hallaría en estado de credulidad. ¡Un complot en el siglo XIX! Ea, señor Herwey, os recomiendo la mayor sagacidad si os batis mañana. Pero no dudo que váis á igualar mi propia destreza. Buenas noches, señores.

Los dos oficiales salieron de la entrevista abrasados por la ira reprimida.

—¡He aquí el hombre en cuyas manos se halla la custodia del Imperio británico!—refunfuñó el mayor.— Me parece, Teddy, que va á ser necesario contar únicamente con nuestras propias fuerzas para luchar con el barón Sturmer.

Teddy hizo un gesto de desengaño.

—Volvámonos—dijo.— Me siento

fatigado, y necesito descansar unas horas á causa del lance de mañana.

Partieron lentamente, y á la puerta de la habitación del oficial se despidieron. Campbell le prometió que iría á buscarle á la mañana del día siguiente.

Apenas llegado á su estancia Teddy encendió las bujías y se sentó para escribir dos cartas.

Cuando estuvo seca la tinta, doblólas con gran esmero una tras otra, procurando asegurarse de que el ojo más curioso no podría leer su contenido, y las selló con un anillo que lucía en su dedo. Hecho esto, dirigió el primer pliego á la vizcondesa Hervey; el segundo á lady Fanny Greville.

Y desnudóse en seguida el excelente muchacho, murmurando una breve plegaria; y se deslizó entre las sábanas.

Permaneció un rato con los ojos abiertos, contando á la luz de la luna las rayas del transparente de su ventana, y preguntándose si volvería á ver á Fanny. Luego los cerró, intentando evocar la imagen de su amada, según la viera aquella mis-



ma mañana. Pero el contorno resultaba harto difumado, y al cabo de algún tiempo se halló Teddy con los ojos abiertos, siguiendo el pesado vuelo de una mariposa nocturna que rondaba por el techo. Cerró los ojos nuevamente, y continuó siguiendo el vuelo de la mariposa por el rumor de sus alas alrededor de la estancia. Pero el ruido se debilitó cada vez más, y ya había renunciado á escucharlo, cuando se sintió agarrado por el brazo. Despertó asustado, y vió á Campbell, inclinado hacia él. La luz del día inundaba la habitación.

Como la luz en la estancia, penetró en su espíritu la conciencia de lo que debía hacer, y se acordó que antes de una hora había de colocarse ante la pistola cargada de un hombre que ansiaba su muerte.

Se estremeció ligeramente, por efecto de una excitación nerviosa, mientras empezaba á vestirse; y le supo mal, porque temía que Campbell lo notase y lo achacase á miedo. Púsose á hablar efusivamente, á tontas y á locas, para disimular sus impresiones; y, bromeando, se refirió

á las dos cartas que estaban sobre la mesa, donde las dejó la noche antes.

—Necesito encargaros el cuidado de franquearlas, amigo mío—dijo señalándolas con el dedo.

—Las remitiré yo mismo si fuese necesario, Teddy—respondió su amigo.

Era una mañana de junio maravillosa, embalsamada, fulgurante. Atravesaron el río, encaminándose al terreno bajo y pantanoso de la llanura de Battersea. Las velas obscuras de las chalanas, subiendo á causa de la marea, completaban el cuadro de la perspectiva de Chelsea, con sus diáfanas capas de agua resplandeciente que el sol doraba. Las casas de Cheyne Walk, de un rojo obscuro, con sus fachadas durmiendo á la sombra de una hilera de copudos olmos, formaban el último término á la mano derecha, si la vista seguía el curso del río. En tanto, á su espalda, á lo lejos, la bruma dominaba en lo alto de las torres de Westminster.

Entre el río y el pueblecillo de Battersea se desplegaba la llanura, dilatado espacio sin cultivo, donde



pacian los borriquillos, y sólo frecuentado por las caravanas de gitanos errantes. Adelantaron en silencio hasta el pasaje señalado para la entrevista, y no tardaron en descubrir un grupo de tres personas: Metcalfe, de Vaux y un cirujano que habían traído consigo.

Teddy dijo súbitamente:

—Apuntaré á las piernas—y el són de su propia voz le pareció raro y desconocido.—No creo que pudiese soportar la idea de haberle muerto.

Campbell levantó los hombros, en la actitud del que no se reconoce con derecho para reprender.

—Quiero admitir que él sentirá análogos escrúpulos—dijo únicamente.

Apretó el paso, y se adelantó para hablar á de Vaux, quien á su vez le salió también al encuentro.

Cambiaron un saludo correcto, pero ninguno de los dos aludió á una posible reconciliación; Campbell, porque comprendía que iba á ser inútil, y de Vaux, porque había acudido allí con un fin enteramente distinto.

Cada testigo traía su caja de pis-

tolas. De Vaux pidió que fuesen admitidas las armas que él había traído.

—No—dijo Campbell,—no os lo puedo conceder. Tuvisteis la ventaja de escoger la pistola; yo reclamo el privilegio de proporcionar las armas.

Y las ofreció para que fueran examinadas.

De Vaux quería discutir, pero ante el aspecto resuelto de su interlocutor, insinuó:

—¿Os parece bien que la suerte decida?

—No—replicó Campbell secamente, mirando á de Vaux de hito en hito.—O consentis en aceptar mis pistolas, ó se suspende el desafío. Estoy dispuesto á daros luego razón de mi exigencia, si fuere necesario.

De Vaux hubo de renunciar á su opinión y calló, murmurando entre dientes algo que el escocés desdeñó inquirir.

Cargáronse las armas en silencio, y los dos combatientes fueron colocados uno ante otro, á doce pasos de distancia.

El capitán de Vaux levantó aquí



una nueva objeción. Tomando á Campbell aparte, le dijo:

—Creo que me corresponde la dirección del combate.

El mayor balanceó la cabeza negativamente, con testarudez.

—Siento no poder acceder á eso tampoco—dijo friamente.

—¡Señor mío!—exclamó de Vaux airado.

—¿Qué ocurre?

—Vuestra actitud rassa la incorrección. ¿Encierra vuestra negativa algún significado ultrajante?

Campbell cruzó los brazos, fijando una mirada en su interlocutor que éste no pudo resistir.

—Os daré luego cuantas explicaciones podáis desear. Pero actualmente me atengo á lo dicho y si no aceptáis mis condiciones no habrá desafío.

De Vaux se mordió los labios. Plegóse con aire avinagrado á la exigencia de Campbell y retrocedió, dejándole que diera la señal de combate.

Llegado ya el momento del duelo, Teddy se sentía libre de toda nerviosidad. La conciencia de haber

terminado el período de espectación, le había devuelto el completo dominio de sí mismo. Enderezóse con gallardía, del modo que incumbe al duelista en un desafío á pistola, esto es, juntando los talones, ladeado hacia su adversario, la cabeza hacia la derecha, y el brazo derecho á lo largo del cuerpo, con el cañón del arma dirigida al suelo.

Metcalfé había adoptado la misma actitud. El objeto, naturalmente, es presentar la menor superficie posible á la bala enemiga.

Solo entonces el teniente inspeccionó á su adversario. El resultado del examen no podía ser más satisfactorio. Metcalfé tenía la cara encandecida como si hubiese bebido alcohol y sus ojos rehuían los de Hervey. A éste llegó á parecerle que el arma temblaba en la mano de su adversario.

—¿Estáis dispuestos, señores?—preguntó el mayor Campbell, sacando un pañuelo y levantándolo en el aire.

Nadie respondió. Cada uno de los contendientes se enderezó nerviosamente y apretó la culata.



—¡Fuego!

El pañuelo cayó lentamente á tierra.

Teddy irguió con firmeza el brazo, apuntó á Metcalfe en la rodilla y apretó el gatillo, experimentando una sensación cálida, en la sien derecha como si le hubiesen acercado rápidamente á ella un hierro candente.

La primera visión que hirió sus sentidos fué la de su enemigo vacilando y cayendo con la pierna derecha doblada. En aquel instante Campbell le estrechaba cordialmente la mano, diciendo:

—Muy bien, mocito. Mi enhorabuena. Por San Jorge, os librásteis de un peligro inminentísimo; la bala os ha dejado un surco de sangre sobre la piel.

Hervey trepidó como el hombre arrancado á su sueño.

—Muy bien. ¿Ha terminado eso?— preguntó estúpidamente.

—Me lo figuro.

Miró hacia delante. El cirujano se había apresurado á examinar la herida de Metcalfe, y de Vaux permanecía inclinado sobre ellos. Adver-

tiase en la cara del herido una espantosa lividez, pero no había perdido el conocimiento.

—¿Está satisfecho vuestro cliente?

Al formular la pregunta ritual, Campbell tomó el arma de manos de su amigo.

De Vaux murmuró unas palabras al oído de su compañero, y éste respondió moviendo la cabeza. Luego levantó los ojos hacia Campbell y dijo:

—¡No!

—¡No!

El mayor había soltado casi involuntariamente esta exclamación.

De Vaux repitió el monosílabo con una mirada de rabia.

—¡No!

—¿Queréis continuar?

—Lo exigimos.

—¡Pero es imposible que vuestro cliente se ponga de pie!

—Disparará de rodillas.

—¡Bondad divina! Jamás escuché una proposición de este calibre.

—¿Vais á objetar algo?

—No hay precedentes. Mi cliente no puede disparar contra un hombre que no puede tenerse de pie.



—Esto á nosotros toca. Vuestro cliente no parece haber sido herido; si es así nos cabe el derecho de exigir otro cambio de balas.

—¿Y queréis exigirlo?

—¡Lo exigimos!

Campbell se volvió hacia su amigo con expresión de horror.

—Esto es una atrocidad—murmuró.—Pero sospecho que no podremos impedirlo. Pueden continuar, según la ley del duelo, mientras permanezcáis indemne.

La súbita reacción fué demasiado viva para el ánimo de Teddy. Sintióse deprimido por una sorda sensación de repugnancia, y á pique estuvo de desmayarse.

—Perfectamente—dijo al fin,—pero esta vez disparo al aire. Yo no puedo apuntar contra un hombre derribado al suelo.

Oyóse el chasquido de los dientes del mayor, y un juramento en voz baja; más como él dijo, la atrocidad era inevitable. A un herido, mientras el adversario continúe sano y salvo, no se le puede rehusar el privilegio de otra bala.

Volviéronse á cargar las armas,

y prosiguió el combate monstruoso. Metcalfe, ayudado por su testigo y el cirujano, tomó su posición frente á Hervey. Mitad arrodillado, mitad agachado, sostenido en parte por su rodilla útil, y en parte apoyándose en la mano izquierda, echando atrás su pierna herida, apenas podía levantar el arma.

Campbell, en tanto, había ido á recoger su pañuelo que el viento llevó á cierta distancia. Hizo la misma pregunta y, no obteniendo respuesta, dió la señal.

Asqueado por el aspecto innoble que había tomado el asunto, Teddy levantó el brazo más arriba de la cabeza de su enemigo. Al instante, sin que tuviese tiempo de tirar, saltó de sus dedos la pistola, sintió un dolor agudísimo en el costado, y rodó por el suelo.

.....  
Lady Fanny Greville, impaciente, golpeaba los cristales con sus dedos de rosa.

—¡No ha venido! No vino ayer, no viene hoy—se repetía, y dirigió otra mirada llena de ansiedad hacia el parque de Kensington.



El reloj de la iglesia de Kensington empezó á dar las nueve, y el sinnúmero de los relojes menores de palacio le imitaban con sus vocecillas.

—A esta hora debiera haber comparecido ya. Claro está que ya hubiese llegado si me amaba de veras. Acaso le ha ocurrido alguna desazón.

Desde la ventana, iba á la chimenea, y desde la chimenea á la ventana.

—Habrá ocurrido algo grave; de lo contrario hubiese venido. ¿Qué habrá pasado?

La contrariedad empezó á ceder el paso á la aprensión. Fanny, por vez postrera, miró por los cristales de la ventana, y esta vez pudo ver algo nuevo.

Un hombre alto, bien trajeado, de aspecto militar, pasaba entre los cuadros de césped, dirigiéndose á la verja del ángulo del palacio.

Desgraciadamente, Fanny no podía ver desde su ventana á donde se dirigiría el caballero luego de atravesada la verja. Vióle desaparecer, con la vaga intuición de que iba á recibir su visita.

Trancurrieron cinco minutos.

Fanny acabó por salir de la ventana. Intentaba distraer sus pensamientos dedicándose á una labor, entonces muy en boga, consistente en una especie de malla confeccionada con grueso hilo blanco y lana. De una larga madeja de hilo, fija por su parte inferior como un huso, salía una serie de mallas cada vez mayor, cuya red se formaba con el auxilio de un instrumento de acero parecido á una aguja, pero en realidad construido según el modelo de una lanzadera. La linda tejedora pasaba y repasaba la aguja con una mano, avanzando con prodigiosa rapidez, y la otra mano, provista de una pequeña placa de hueso, mantenía unidas las mallas no terminadas. Entregada á esta labor, parecía la doncella una araña gigante que se envolvía en su propia trama.

Llamaron á la puerta y entró un criado llevando una tarjeta. Fanny la tomó, y leyó el nombre de Campbell.

Invadió sus mejillas la púrpura; su mirada se hizo inquieta. Ordenó que se introdujera al visitante, y con



el alma angustiada se acercó á la puerta para recibirle.

Apareció Campbell gravemente, y puso en su saludo una afectuosa compasión. Contempláronse un instante, guardando un silencio harto violento. Pero las primeras palabras lo revelaron todo:

—Soy portador de malas nuevas, de pésimas nuevas. El teniente Hervev se ha batido esta mañana; le ha herido una bala en el costado, y tememos que peligre su vida.



## CAPÍTULO IX

### UNA BALA Y UNA RECETA



la mañana siguiente, Londres explotaba dos temas de conversación muy interesantes: la enfermedad del rey y el desafío ocurrido entre dos oficiales de la guardia.

De quince días acá el Rey se veía sitiado en su cuarto por una dolencia que al principio fué calificada de ligera afección del pecho. Mas, transcurriendo el tiempo, y no presentándose síntoma alguno de mejoría, el público empezó á inquietarse. Finalmente los médicos consignaron en partes facultativos el estado del